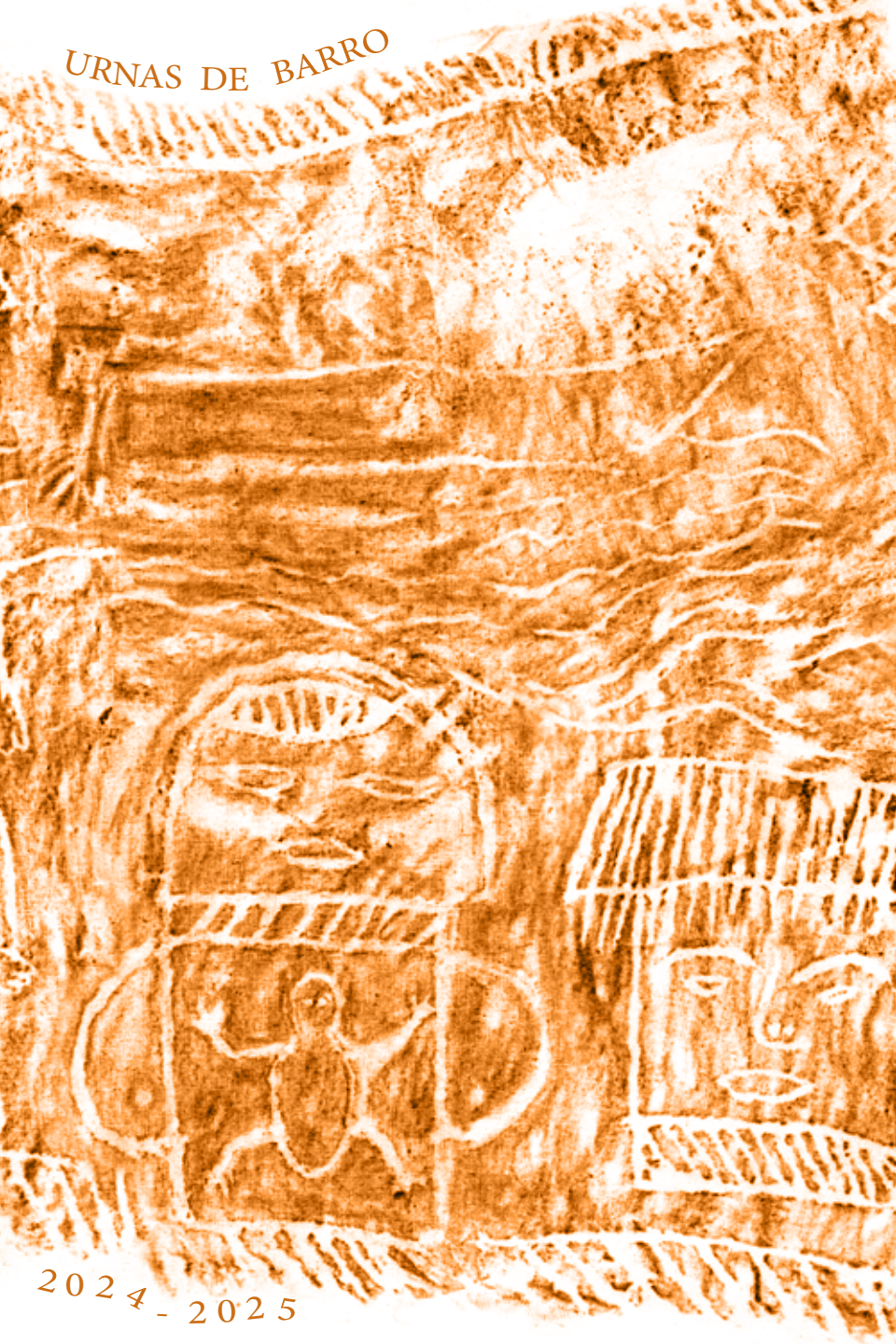


# URNAS DE BARRO



2024 - 2025





Exhibición Itinerante Urnas de Barro

Frotagge, cuentos y relatos

**Participantes/**

Abigail De la Rosa Aconcha  
Amparo Galvis Calderón  
Cristian Castro Reyes  
Diana Badillo España  
Dilan Ojeda Ortega  
Donelia Barranco Quiñonez  
Duvis Vega Aconcha  
Edwin De la Rosa Aconcha  
Elianys Aconcha García  
Esmeralda Arango Fuentes  
Geidi Valencia Estrada  
Joel Ojeda Ortega  
Joshua Ojeda Ortega  
Juan Felipe Saenz Gil  
Juan Pablo Castro Reyes  
Keiner Luna  
Liliana García Rojas  
Luis Aconcha Delgado  
María Peña Cordero  
Mathias Castro Gallardo  
Rafaela Martínez Centeno  
Ronaldo Angarita Ricaurte  
Salomé Barbosa Castro  
Santiago Castro Gallardo  
Sara Briceño Suárez  
Sara Manosalva Sáenz  
Sarai Estrada Contreras  
Silvia Arango Fuentes  
Uriel Aconcha Delgado  
Valery Sofia Morales  
Walfer Castro Reyes  
Weider Estrada Bautista  
Yojan Vega Galvis

**Texto curatorial/**

Elianys Aconcha García  
Luis Aconcha Delgado  
Ronaldo Angarita Ricaurte  
Uriel Aconcha Delgado  
Yojan Vega Galvis  
Ramón Lineros Picón

**Talleristas/**

Antonio Herrera Osorio  
Carlos Campo León  
María Clara Escalante Ropero  
Ramón Lineros Picón  
Yenifer Navarro Bohórquez

**Curador/**

Ramón Lineros Picón

**Imágenes/**

La mayoría de los dibujos  
presentes en este libro son  
frottages realizados sobre  
fragmentos arqueológicos  
cerámicos, hallados  
superficialmente en el  
corregimiento rural de  
Puerto Mosquito

**Portada/**

Frotage sobre jarrón en cerámica  
realizado por Yojan Vega Galvis

**Producción/**

Fundación PaEntro Espacio

**Fotografía y Audiovisual/**

Antonio Herrera Osorio

**Producción Sonora/**

Carlos Campo León

**Diagramación/**

Yenifer Navarro Bohórquez  
Ramón Lineros Picón

**Carpintería/**

Carlos Gil Alfaro

**Patrocinadores/**

Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes  
Instituto Colombiano de Antropología e Historia - ICANH  
Museo de la Ciudad de Ocaña - Antón García de Bonilla  
Museo Nacional de Colombia

**Aliados/**

Parroquia María Auxiliadora de Aguachica  
Asociación de Artesanos Emprendedores de Aguachica Cesar  
Ladrillera Bloquex

**En asocio con/**

Corporación de Desarrollo Social Elite

**Agradecimientos a/**

Gonzalo Castro Luna y su familia  
Orden de Carmelitas

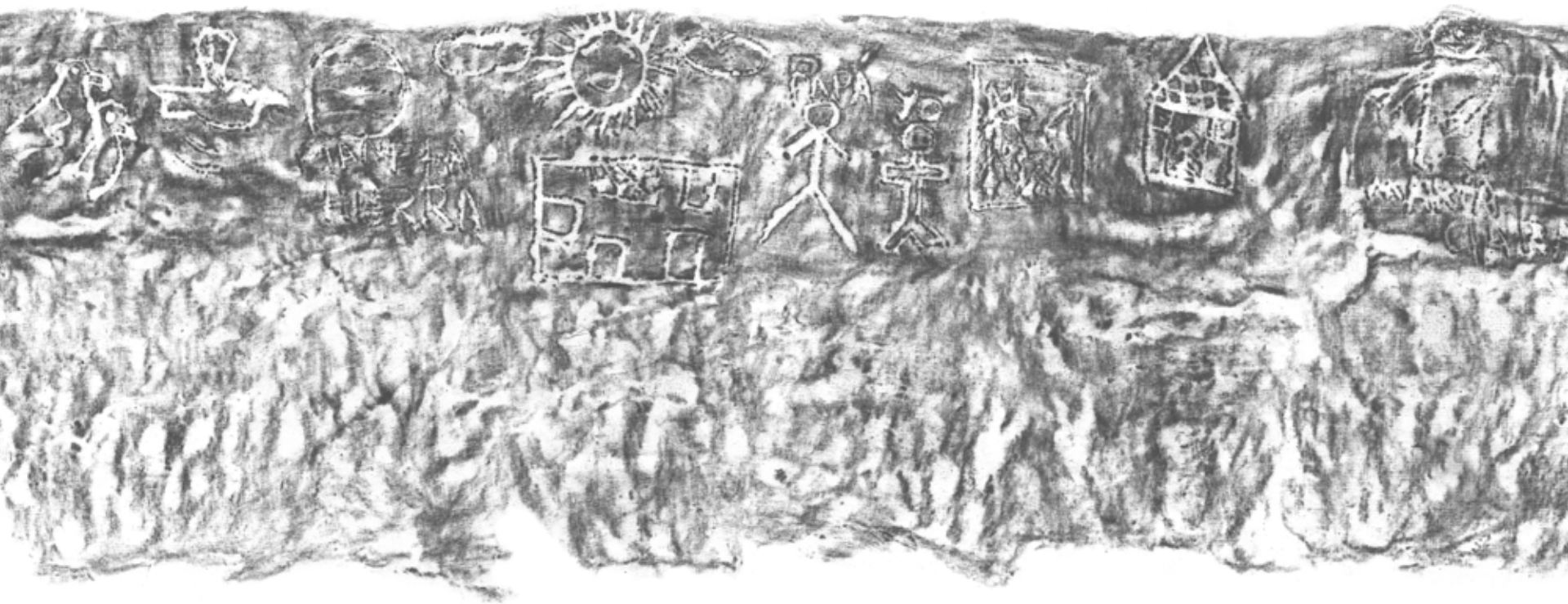
**Puerto Mosquito**

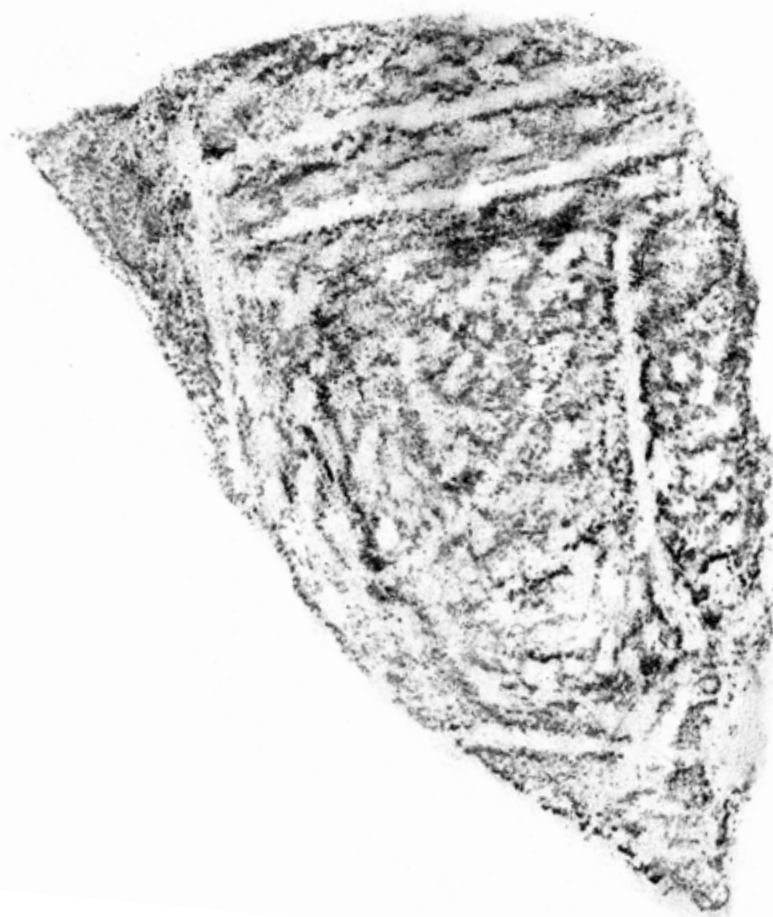
**Departamento del Cesar**  
**Colombia**

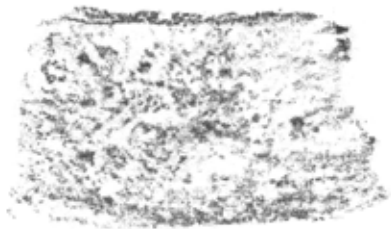
Queda estrictamente  
prohibida su reproducción  
total o parcial con  
ánimo de lucro, por  
cualquier sistema o método  
electrónico sin la autorización  
expresa de los autores.

© Fundación PaEntro Espacio  
2024-2025

Frotagge sobre jarrón realizado por Duvis Vega Aconcha







En mi casa grande y bonita puedo jugar. Y también cojo mariposas y huelo las flores. Juego a la cocinita y hago la comida con barro. Mi comida favorita es la sopa, la salchipapa, la carne asada y me gusta la sopa con arroz.

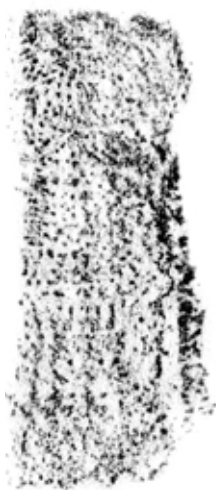
Geidi Valencia Estrada



Había una vez una casa de barro, un día llovió y llovió hasta derrumbar la casa y la familia salió de ahí porque se iba a caer. Desde entonces estaban ocupados construyendo otra casa de barro. La pudieron construir y la construyeron más resistente, mientras estaban mudándose a la otra casa de barro.

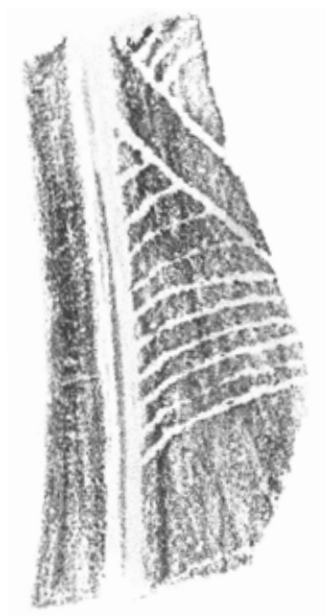
María Peña Cordero





Una mañana me fui de pesca con  
mi papá para el caño La Danta,  
entonces estábamos pescando y mi  
papá tiró la atarraya y a lo que tiró  
la atarraya sacó unos pescados;  
bueno, despues nos fuimos más  
pa'lante, entonces tiró otra vez la  
atarraya, a lo que la tiró, la sacó  
y venía una tinaja de unos indios  
y yo le decía que me la diera, que  
yo la quería ver, él decía que no,  
que eso era malo, porque eso  
traía mala vida para la familia,  
entonces él volvió y la tiró ahí y  
entonces cuando más adelante,  
volvimos a tirar la atarraya y  
volvió a salir la misma tinaja,  
¡nos volvió a salir! entonces yo le  
dije - ay papi vamos a llevarnosla  
- y él decía que no, que no.  
La tinaja era pequeñita, no era  
muy grande y tenía dos orejitas y  
tenía la tapita, yo le decía que la  
destapara y él no quería. Me quedé  
con la duda de que tenía adentro.

Yojan Vega Galvis



Hace como dos o tres años, estábamos en el caño de La Danta, mi papá y mis hermanos, estábamos pescando y encontramos una guaca de huesos y oro en una tinaja.

Hace un tiempo, mi papá, mis hermanos y yo, encontramos una guaca de huesos y oro, en unas tinajas metias. Nosotros pensábamos que eran indígenas y como mi papá dice que eso es malo, coger cosas indígenas, lo tapamos y ese día nos vinimos temprano y no pudimos pescar nada porque nos dio miedo, como por respeto.

Como en el quinto caño estaba a la vista, nosotros fuimos pasando los caños y al llegar vimos eso y lo tapamos por respeto y de ahí nos vinimos. Mi papá dice que fue la misma agua que la destapó, nosotros la tapamos y por respeto nos vinimos. Era una tinaja que estaba reventada y se alcanzaba a ver los huesos y tenían unos anillos de oro aquí grandotes en el propio hueso, le rompían el hueso, en la nariz en el propio hueso, no sé cómo harían el hueco, habían pulseras como de oro, parecían como alambre y como que no sabían crearlo bien.

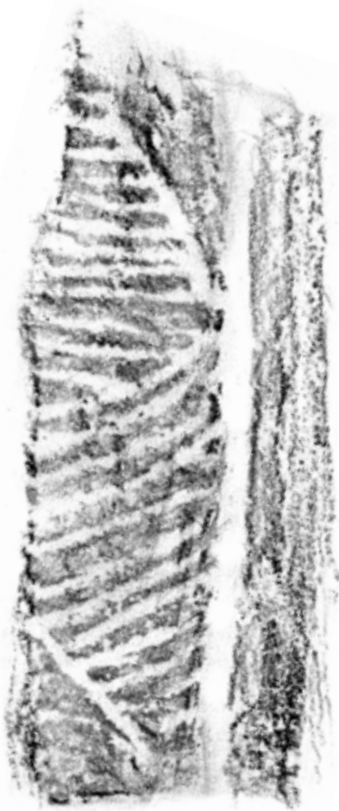
Uriel Aconcha Delgado



A los sapos les gusta estar en  
el lago, en cosas en barro. Les  
encanta andar por la noche  
conociendo amigos y andando  
por las ciénagas, selvas y ciudades  
del “agua dulce” de Santander.  
Y viven en una casa llena  
de barro, les gustan las  
ciénagas de barro, etc.

Diana Badillo España

Era una tarde calurosa en la finca, y el aire fresco del campo resonaba con las risas de mis hermanos y mías mientras jugábamos al pistoleo. Tenía 12 años, y la emoción del juego llenaba cada rincón de la finca con aventuras imaginarias. Mis hermanos decidieron esconderse en el monte, donde mi papá estaba trabajando. Yo me quedé solo, sintiendo un ligero cosquilleo de inquietud mientras exploraba el lugar.



El encuentro en la finca  
Juan Pablo Castro Reyes

Fue entonces cuando noté un movimiento en el corral. Me volví y vi a un niño de piel oscura, con rasgos que evocaban a los indígenas que habían estado allí antes que nosotros. Su parecido con mi hermano era sorprendente. El niño me miraba fijamente, sus ojos brillantes reflejaban una curiosidad intensa. No dije nada, simplemente me quedé observándolo, cautivado por su presencia. El silencio entre nosotros era profundo, como si el tiempo se hubiera detenido. De repente, escuché las voces de mis hermanos acercándose, acompañadas por mi papá. En ese instante, el niño sonrió y, sin previo aviso, se desvaneció en el aire, como si nunca hubiera estado allí. Cuando mis hermanos llegaron, me preguntaron qué había estado haciendo. Con una mezcla de asombro y confusión, traté de explicar lo que había visto, pero sus risas y preguntas me hicieron dudar de mi propia experiencia. Aquella tarde, aunque había estado jugando, el encuentro con aquel niño dejó una huella imborrable en mi memoria. Nunca supe quién era realmente, pero su mirada me hizo sentir una conexión profunda con la historia de nuestra tierra y sus antiguos habitantes.



Los indios vivían en  
nuestras tierras y ahora  
ellos las quieren recuperar  
porque desde hace mucho  
tiempo tenían tumbas llenas  
de oro. Si algún día encuentran  
una tumba de indio muerto,  
encuentran muchísimo oro, pero  
tienen que excavar muchísimo.  
Los indios tenían jefes y como  
tenían tribus luchaban por su  
propiedad. Pasó mucho tiempo  
y en la cerámica quedaba  
oro y oro lleno de joyas.

Los indios  
Walfer Castro Reyes

Los indígenas hacían casas de barro, joyas de barro, ollas de barro, pescaban, cazaban cerdos de monte y sembraban maíz, yuca y aguacates. Ellos trabajaban haciendo sus herramientas para cazar y trabajar para comer.

Los indígenas  
Ronaldo Angarita Ricaurte



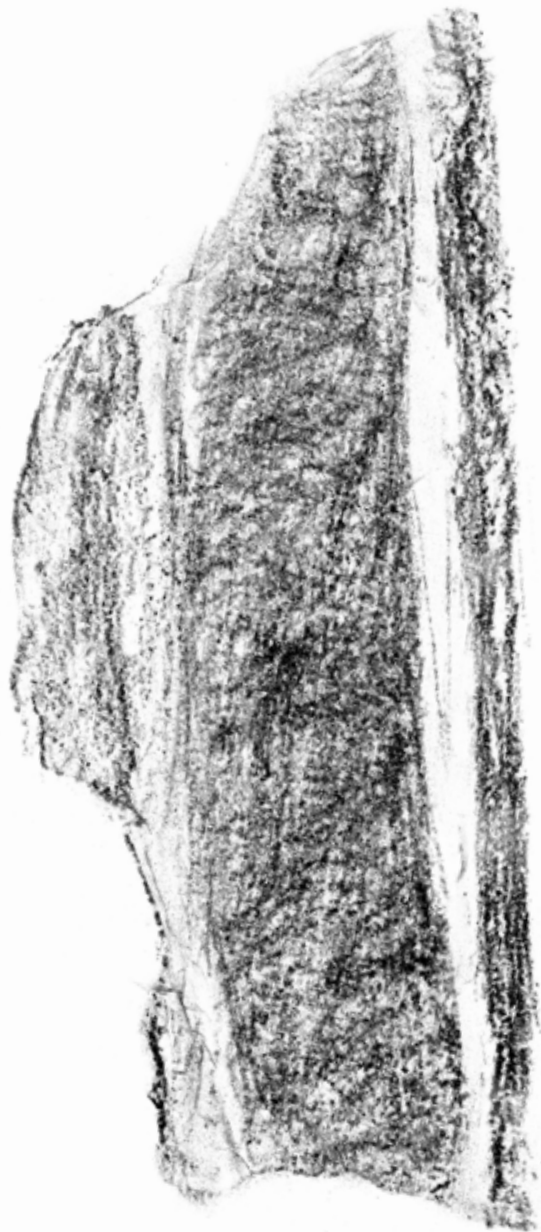
Los indios utilizaban las ollas de barro para cocinar. También utilizaban las tinajas para echar agua porque permanece el agua fría, también echaban guarapo. Usaban sus tejos para asar las arepas. También hacían candelas con piedras. Sus cantos eran a peso de flauta. Cazaban animales con flechas y dardos envenenados.

Elianys Aconcha García



Un sábado en la mañana fuimos a botar una basura en el cementerio cuando escuchamos unos tambores, pero no prestamos atención, más adelante escuchamos unas trompetas y tampoco les prestamos atención. Botamos la basura y cuando ya nos veníamos escuchamos unos gritos, pero todos los pelados dijimos – eso deben ser personas que están adentro del cementerio-. Cuando más adelante nos sale una mujer que estaba vestida de blanco y el pelo era largo y de color negro, y nos comienza a llamar. Uno de los pelados que iba con nosotros se desmayó, lo recogimos y salimos corriendo. Cuando paramos más adelante nos volvió a salir y nos volvió a llamar con los sonidos de los tambores, trompetas y gritos.

Yojan Vega Galvis



Era una mañana soleada, alrededor de las 10, en la finca donde solíamos jugar y explorar. El aire estaba lleno del sonido de herramientas y risas, ya que mi papá y un grupo de trabajadores estaban construyendo una posa para el baño. Desde la distancia, observaba cómo cavaban, intrigado por lo que podría surgir de la tierra. De repente, noté que los trabajadores encontraron algo inusual: huesos humanos, grandes y antiguos, que estaban un poco más arriba en la excavación. Mientras seguían trabajando, comenzaron a desenterrar jarrones de cerámica que ya estaban rotos y que, sin duda, pertenecieron a los indígenas que habían habitado estas tierras mucho antes que nosotros.

Los secretos de la finca  
Juan Pablo Castro Reyes

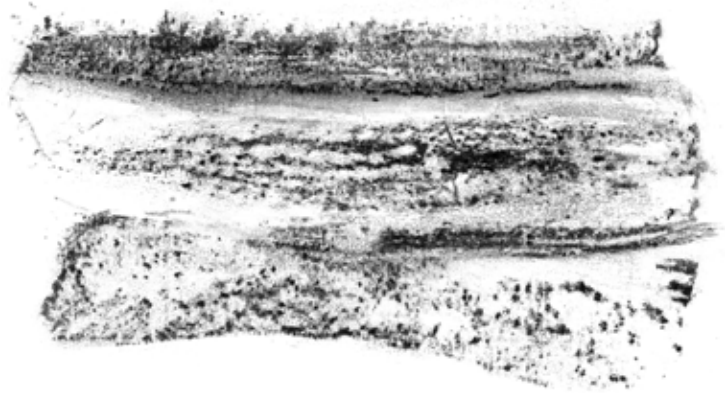
Los fragmentos de cerámica se esparcían por todas partes mientras los hombres movían la tierra. Me quedé observando, curioso sobre los hallazgos. Era fascinante pensar en las historias que podían estar escondidas bajo nuestros pies.





Cuando el señor Luis Cueto tenía uso de razón los indígenas ya se habían ido. Trajeron al santo patrono y el señor Luis tenía 8 años, el padre Salazar lo recibió y trajeron al santo desde el puerto. También trajeron una chiva, la Santa Ana. Cuando no quería llover le hicieron un rogativo. Cuando el santo llegó a la iglesia, comenzó a llover. El señor Lucho encontró una tinaja haciendo un corral en el campo. La tinaja tenía oro negro. Los indígenas vivían en cambuches, el señor dijo que los indígenas hacían tinajas. El señor Luis trabajó en la empresa de petróleo y dice que el algodón se dejó de sembrar hace 20 años. También que los indígenas hacían muñecos de barro.

Hace cuatro años, en el año 2019, llegaron unos guaqueros a lo que se llama “El Suan”, cogiendo para El Contento. Contactaron a dos señores, para que los llevaran al sitio donde decían que había una guaca, ellos los llevaron y un guaquero dijo que ahí había un baúl con los tesoros del cacique. El man les prometió a los señores que si encontraban la guaca le regalaba una casa a cada uno. Pasaron 3 días y no vinieron más. Después de los 8 días apareció el guaquero con tres personas más, dentro de esas tres personas había un espiritista, quien dijo que pusieran una vela naranja en un plato y la echaran al agua y al rato la veladora giraba y giraba. El espiritista dijo que tenían que meter una varilla de 9 metros y luego dejarla enterrada.



Al otro día llegaron con una retroexcavadora y estuvieron covando hasta las 12 de la noche, luego los manes se fueron y dijeron que en los días de semana santa venían. Volvieron el miércoles santo y pusieron a un muchacho a cavar un hueco de más de 3 metros y se volvieron a ir. El jueves santo llegaron donde los señores y les dijeron que tenían que ir al sitio de las guacas a las 12 de la noche, uno dijo que él no iba, pero el otro dijo que sí. Los manes regresaron a las 6 de la tarde en una moto Platino o Discover, el señor que fue no miró bien, pero los vigiló hasta las 9 de la noche. El viernes santo estuvo pendiente si regresaban, pero únicamente llegó uno solo, sin moto y sin nada. El señor llegó al sitio a las 11 de la mañana y vió que el enorme hueco estaba tapado, se quedó con la duda de si el muchacho asesinó al otro y lo enterró con todo y moto. A las 4 de la tarde del viernes santo no había rastro de lo que se habían llevado. Desde ese entonces no supieron nada de ellos y el señor le dijo al patrón: Nos robaron y enterraron al guaquero...



En Puerto Mosquito la historia del barro existía en el caño de La Danta, era como un pueblo. Los indígenas hacían tinajas para echar agua y vino. Hacían ollas, platos y pocillitos, pero hoy en día ya no están los indígenas porque las personas los mataron. Cuando uno va a pescar se encuentra pedazos de tinaja que valen mucha plata. Un hombre estaba pescando cuando encontró unas tinajas, se fue a Aguachica y ganó muchísima plata. Fin de la historia del barro.

La historia del barro  
Yojan Vega Galvis

El pueblo existe desde hace muchos años cuando esto era puro monte y vivían unos cuantos indios. Este era un puerto donde llegaban los botes a traer más personas para un trabajo que había en Mosquito. Días después vino un señor, su nombre era Telefónico Palomino, él vino a buscar en el puerto si había indios, y de tanto buscar, porque el puerto es grande, encontró unas cuantas cosas y comenzó a enseñar cosas de las que él ya sabía, quiso llamar al pueblo como Puerto Mosquito después de que hiciera el hallazgo. El pueblo se fue agrandando poco a poco. Pasaron los años y el pueblo estaba pasando por muchas cosas, una de ellas era el agua, los habitantes del pueblo se sentían mal porque el río quedaba a 5 kilómetros. Algunas personas llevaban burro, otros iban en bicicleta, y otros a pie y hacían muchos viajes al día todos los días, hasta que hicieron un pozo libre de donde todo el pueblo sacaba agua. El otro problema fue la luz, había un motor para todo el pueblo, pero solamente duraba 1 o 2 horas hasta que llegaron y pusieron postes y el pueblo tuvo luz.

En el pueblo vino una empresa llamada “Ecopetrol Llama Andía”, donde exportaban el petróleo a Cartagena, pero un día hizo un tiempo que venía con centellas y rayos y le cayeron a un tanque que se encendió y la gente se fue del pueblo corriendo asustada. Unos se fueron para el río y otros para detrás del cementerio. En el pueblo hubo más años sangrientos y con temor porque estaban los paramilitares. Los habitantes del pueblo tenían mucho miedo y sacaban del pueblo a todos los muchachos porque a los hombres los ponían a volear machete y a las mujeres las ponían a barrer. Ellos mataban a toda clase de animales que encontraban en la calle, como perros, gallinas, burros y cerdos, todo lo tenían que tener asegurado y a los que no hicieran caso los castigaban, los hacían donar sillas a la iglesia o limpiar solos el cementerio.





Érase una vez, había un niño llamado Carlos que se puso a jugar con su prima María.

La última vez que la vio jugar con él fue un 7 de diciembre. Después de esa fecha no volvió a verla jamás. Le pregunta a toda su familia y le respondían que ella se fue a una tierra muy lejana llamada El Cielo porque es que una noche un hombre muy malo la había matado y la había enterrado. Cuando Carlos se enteró de eso ya tenía 14 años y ya sabía dónde estaba el Cielo. Se fue a buscarla y cuando la encontró su cuerpo estaba en una urna fúnebre y decidió guardarla y ya.

Sara Manosalva Sáenz



Hace muchos años, en una región llamada Puerto Mosquito, se decía que los antiguos indígenas eran enterrados en enormes jarrones de barro, junto con sus tesoros más preciados. Estos jarrones, con el paso del tiempo, quedaron ocultos bajo la tierra. Aunque muchos de los habitantes del lugar hablaban de ellos, pocos se atrevían a buscarlos.

Un día, un hombre misterioso llegó al pueblo. Nadie sabía quién era ni de dónde venía, pero traía consigo herramientas de excavación y una clara intención: investigar esos jarrones de los que tanto había oído hablar. El desconocido se mostró muy interesado en los relatos sobre los tesoros enterrados, y no pasó mucho tiempo antes de que comenzara a cavar en un área donde, según los rumores, podría haber muchos jarrones escondidos y ese lugar era La Danta que está cerca del pueblo y cruza un brazo del río por ahí. Durante su búsqueda, el hombre encontró varios jarrones, algunos más grandes que otros. Dentro de ellos había restos óseos, pero lo que más le llamó la atención fue que varios contenían pequeñas cantidades de oro mezclado con arena.

Juan Pablo Castro Reyes

Aunque no estaba seguro del valor de este hallazgo, decidió llevarse tantos jarrones como pudo, con la esperanza de que alguno de ellos tuviera un valor significativo.

El hombre llenó su carreta con los jarrones y los transportó fuera del pueblo, con la intención de analizar el contenido en otro lugar. Mientras lo hacía, algunas personas locales comenzaron a notar que, después de su partida, ocurrían cosas extrañas. Escuchaban susurros y quejidos en la noche, y aquellos que se acercaban a los sitios de excavación sentían una extraña presencia, como si los antiguos espíritus de los indígenas estuvieran inquietos por la profanación de sus tumbas. Desde entonces, son muy pocas las personas que cruzan por la danta y las que van por allá sienten como si los estuvieran observando y a los pescadores que cruzan de tarde escuchan ruidos en el lugar.

Estos fueron relatos de las personas de mayor edad que viven en el pueblo.





Había una vez un grupo de guaqueros llamados “los mosquitos”. Ellos se fueron una vez de excursión a buscar cosas antiguas y al lugar donde fueron había muchos mosquitos. Entonces pasaron solo una noche ahí. Al día siguiente se despertaron y empezaron a buscar algo para comer y se encontraron con un lago del cual pescaron y comieron algunos peces los cuales sabían a barro. Después de eso se fueron a buscar cosas antiguas. Se enterraron en mucho barro super blandito y uno de los compañeros se encontró con una estatua enterrada la cual tenía características de un mosquito y a la misma vez de un pescado. Luego lucharon hasta salir de ahí, lo llevaron al museo del trabajo y la estatua fue nombrada la Estatua Pezquito.

Sara Briceño Suárez



Cuando yo era niña, tenía como 10 años, vivíamos en una finca pa' la vía del Márquez, cuando yo estaba niña me gustaba sacarme los dientes en una pata de un palo de mango, siempre había ido a esa pata de ese palo de mango a sacarme los dientes y nunca había encontrado nada, una vez encontré una jarrita de barro con toò y tapita, yo la agarré y se la di a mi mamá, después volví a otra pata de otro palo de mango y me encontré una ollita también con toò y tapita y también se la di a mi mamá y no sé qué haría ella con esa ollita. En esa casa donde vivíamos nosotros en esa finca, había una casa de barro en frente de la finca, ahí la gente escarbaba dentro de la casa y encontraba muñecos de barro, ollas también de orejita con toò y tapa y yo siempre iba a allá, pero yo nunca me encontré nada.



Los muñecos eran grandes, un señor sacó uno grandote, así como con areticos y el piercing en la nariz, con todo, enterecitos los encontraban, encontraban tejos, encontraban tapas, las ollas cuando las iban a sacar se desplomaban por debajo porque estaban llenos como de una arena finita, y decían que era oro, yo no sé si era verdad porque cuando uno era pelo no sabía nada de eso. Mi papá me decía que esos personajes eran de los indígenas, yo siempre lo convidaba a que fuéramos a sacar y él me decía que no, que dejara eso quieto, que eso era entierros que ellos hacían ahí, de los indígenas; y él me decía que a veces los enterraban en esas ollas, pero nunca ví que encontraran huesos ni nada.

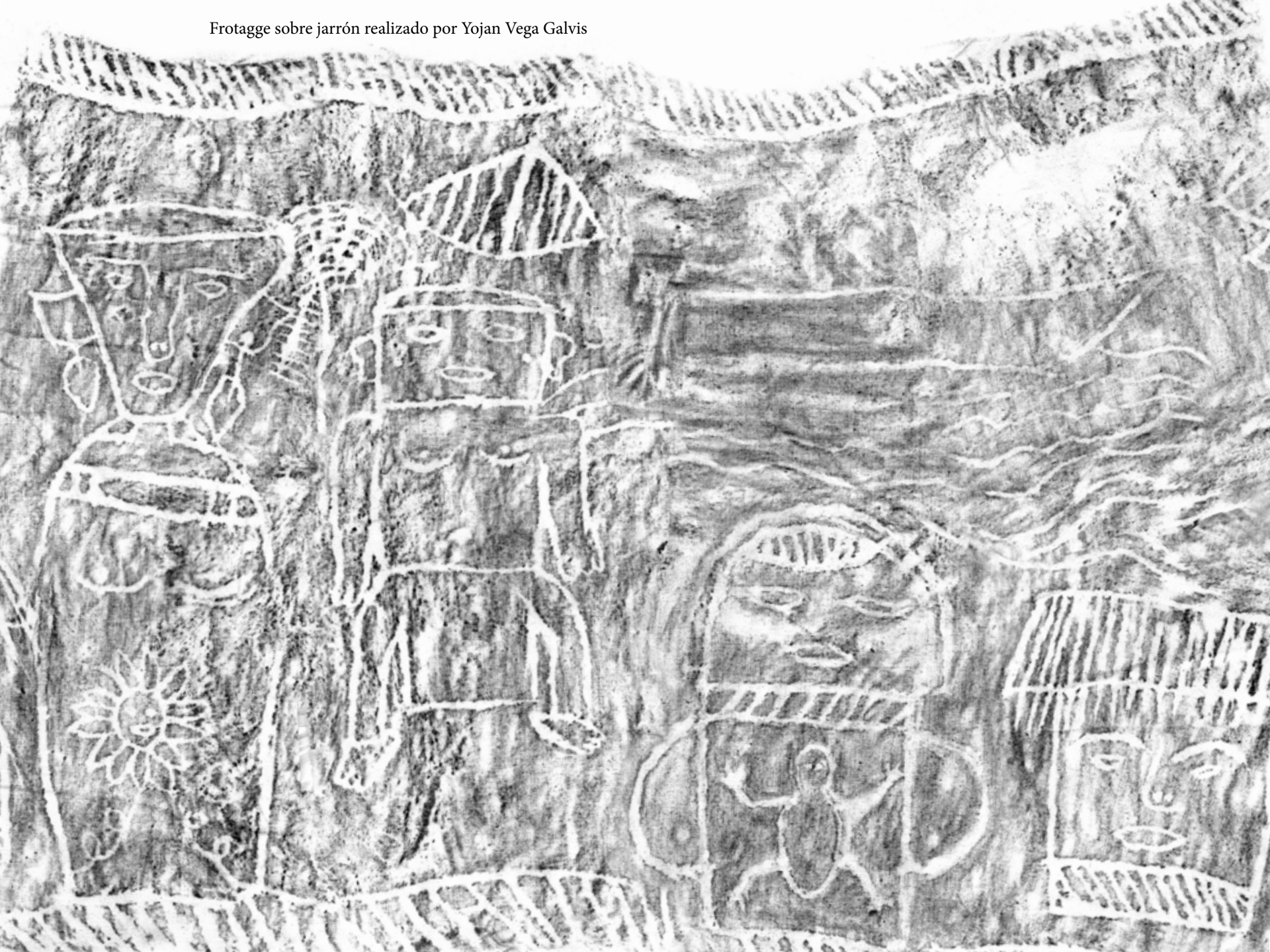


En Puerto Mosquito, el río Magdalena siempre había sido tanto un regalo como una amenaza. Durante el verano, sus aguas tranquilas eran la fuente de vida para el pueblo. Pero en invierno, cuando las lluvias caían con fuerza, el río se desbordaba, y un brazo suyo cruzaba justo detrás de la finca Chicago, convirtiendo al lugar en un peligroso punto de inundación. La finca no era muy grande, pero su ubicación hacía que el agua, una y otra vez, pasara de largo los muros de sus casas y entrara al pueblo, causando estragos. Por eso, los habitantes tomaron una decisión: construir murallas alrededor de Chicago para desviar las crecientes y protegerse. Llegaron máquinas pesadas al lugar, retroexcavadoras y palas mecánicas que rompían la tierra con una fuerza implacable.



Al principio, todo iba según lo planeado, pero pronto los trabajadores comenzaron a notar cosas extrañas. La retro golpeaba algo sólido bajo el suelo. Al revisar, encontraron fragmentos de jarrones, algunos decorados con dibujos de animales y figuras humanas. Los pedazos, muchos de ellos rotos por el peso de las máquinas, eran de cerámica fina, con detalles que nadie en el pueblo había visto antes. Los ancianos murmuraron que tal vez eran obras de los indígenas que vivieron allí mucho antes que ellos, pero nadie podía estar seguro.

Frotatge sobre jarrón realizado por Yojan Vega Galvis









**Urnas de Barro** es una exhibición itinerante de cerámicas y reflexiones realizadas por niños, niñas, jóvenes y adolescentes del corregimiento de Puerto Mosquito, Cesar. La exhibición recrea la posible ruta que, en el siglo XX, siguieron piezas arqueológicas —en especial urnas funerarias— extraídas por guaqueros en Puerto Mosquito, hacia colecciones privadas en Ocaña. La muestra busca reivindicar y consolidar interpretaciones participativas sobre el patrimonio arqueológico y la identidad.

El 80% de las maderas  
empleadas en la construcción  
de la exhibición son  
materiales reutilizados,  
provenientes de muebles  
antiguos, bebederos,  
corrales y sillas donadas  
por los habitantes de  
Puerto Mosquito.



**PaEntro**